

Encuentro con Carlos Bousoño

Del 22 de febrero al 8 de marzo se celebró en la Fundación Juan March un Encuentro con **Carlos Bousoño**, organizado por la Dirección General del Libro y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, a través del Centro de las Letras Españolas, para celebrar la concesión a Bousoño del Premio Nacional de las Letras Españolas 1993. Este encuentro consistió en cuatro conferencias en torno a Carlos Bousoño, que pronunciaron **Guillermo Carnero**, catedrático de Literatura Española de la Universidad de Alicante («La poesía de Carlos Bousoño»); **Arcadio López-Casanova**, profesor titular de Literatura Española de la Universidad de Valencia («La teoría literaria de Carlos Bousoño: contexto, obra en sistema y signos de modernidad»); **Francisco Javier Díez de Revenga**, catedrático de Literatura Española en la Universidad de Murcia y académico de número de la Real Academia Alfonso X el Sabio de esta ciudad («La crítica literaria en Carlos Bousoño»); y **Alejandro Duque Amusco**, profesor de Literatura en Barcelona, poeta y crítico literario («*El ojo de la aguja*: un nuevo caso de signo métrico»).

Abrió el Encuentro el director gerente de la Fundación Juan March, **José Luis Yuste**, quien señaló que «en el caso de Carlos Bousoño, como en el de José Hierro o de Miguel Delibes –también galardonados con el mismo premio y objeto de Encuentros en cuya organización colaboró la Fundación–, no sólo se trata de eminentísimos creadores literarios, mercedores de tan honrosa distinción, sino de personas muy vinculadas al quehacer cultural de esta Fundación. En Carlos Bousoño, entre otras muchas circunstancias, se da el doble caso del poeta-creador y del investigador de nuestra poesía; facetas ambas en las que en su momento ha colaborado la Fundación Juan March: con una beca de creación literaria en 1959 escribió su libro de poemas *Invasión de la realidad*; y con una ayuda de investigación de 1975 estudió *El irracionalismo y el surrealismo en la poesía contemporánea*.»

Seguidamente intervino **Francisco Bobillo**, director general del Libro y Bibliotecas, quien explicó cómo el Premio Nacional de las Letras Españolas, «que cumple ahora su primer decenio de existencia, nació con la finalidad de distinguir el conjunto de la obra de un autor español vivo que estuviera escrita en cualquiera de las lenguas oficiales del país.»

Sobre la poesía de Bousoño versó la intervención de **Guillermo Carnero**, quien hizo un recorrido por aquella desde la primera época de temática religiosa. «La relevancia y la significación de la poesía de Bousoño, desde *Invasión de la realidad* –afirmó– se deben a las tres aportaciones que la definen: la afirmación de la existencia y de la vida con todas sus limitaciones y todos sus quebrantos; la superación del concepto básicamente emocional de la escritura poética y la introducción en ella de la reflexión y la inteligencia; y la asignación de poeticidad a las reflexiones específicas sobre la escritura. En todo ello ha demostrado Carlos Bousoño ser el poeta más abarcador y vanguardista de su generación.»

Arcadio López-Casanova se ocupó de la teoría literaria en Bousoño: «Es la aventura intelectual de Carlos Bousoño una propuesta de *obra en sistema* (en tanto que trabado cuerpo de doctrina, árbol vivo que poderosamente abre ramas pobladoras) y *obra abierta*, en cuanto que suscita estímulos, orienta perspectivas fecundas y proyecta en ámbitos culturales diversos focos clarificadores.»

De la crítica literaria trató la conferencia de **Francisco Javier Díez de Revenga**: «La obra crítica de Bousoño destaca, ante todo, por su extraordinaria singularidad. Nadie en la crítica de nuestro siglo, en la crítica académica-profesoral, ni en la crítica literaria directa, ha enfocado el análisis de nuestra poesía contemporánea como lo ha hecho Carlos Bousoño. La fuerza de sus conceptos básicos, la solidez de sus planteamientos teóricos, la seguridad en su aplicación ofrecen resultados muy interesantes.»



Guillermo Carnero.



Arcadio López-Casanova.



Francisco Javier
Díez de Revenga.

En su intervención, **Alejandro Duque Amusco** analizó la obra *El ojo de la aguja*, aparecida en 1993, que «se inscribe dentro de la órbita estética irracionalista iniciada en 1967 por Bousoño con *Oda en la ceniza*. *El ojo de la aguja* –señaló– es un libro de iniciación; un libro claro y crítico a la vez, inspirado y hermético, que responde a la perfección, al concepto de signo métrico.»

Una mesa redonda cerró el ciclo en torno a Carlos Bousoño. Participaron en ella cuatro poetas –**Fernando G. Delgado**, **Claudio Rodríguez**, **Francisco Brines** y **José Hierro**–, quienes hablaron de la poesía de Bousoño a partir de unos poemas seleccionados por cada uno. «Salvación en la música» fue el poema elegido por **Fernando G. Delgado**, que, a su juicio, encierra las claves de la poética de Bousoño, autor de «una obra determinada por una muy clara y coherente cosmovisión». Para Delgado, «Bousoño es un poeta religioso. Y en ese poema hay una religiosidad, no importa si de incrédulo, que muestra al poeta como un alquimista o un sacerdote, vendiendo ilusiones, sueños o engaños. Y está presente la música, tan inherente al rito de todos los credos, tan imprescindible al hombre para trascenderse; la poesía, como música de las palabras».

Claudio Rodríguez, que leyó el poema «Análisis del sufrimiento», subrayó su tono

moral: «El poeta –dijo– quiere conocer ‘el secreto de la vida que en el sufrimiento se explora’ y nos conduce a una serie de, por decirlo así, ejercicios espirituales, de reflexiones. En el tejido poemático se hallan las transiciones, los relieves conceptuales, definitorios, las sugerencias y los claroscuros, los distintos acordes éticos.»

«La puerta», poema perteneciente a *Noche del sentido*, fue el comentado por **Francisco Brines**, por «la excelencia poética del texto y por la importancia capital que adquiere este poema si nos atenemos a la posterior evolución, tanto desde el punto de vista formal como cosmovisionario, de la obra de Bousoño. El lenguaje de ‘La puerta’ no es en ningún momento irracionalista.»

Finalmente, **José Hierro** señaló: «Yo no sé comentar un poema. Explicar un poema es como explicar un chiste. Como abrir una ventana sobre un paisaje asombroso y explicar a quien lo contempla en qué consiste su belleza. Y es que se olvida que la poesía es perogrullesca, evidente por sí misma, axiomática, pero indefinible. Todo lo fundamental –vida, muerte, amor, Dios– es indefinible. Y precisamente por ello contamos con tantas definiciones como definidores. La poesía, que es vida y muerte, y pasión, y amor, y tantas otras cosas, no se deja apresar, aunque nos permita barruntarla...»



Alejandro Duque
Amusco.



De izquierda a
derecha: Fernando
G. Delgado, José
Hierro, Carlos
Bousoño, Francisco
Brines y Claudio
Rodríguez.

«El pensamiento, hoy», a debate

Tres sesiones de debate con el tema «El pensamiento, hoy» reunieron a **Fernando Savater**, **Rafael Argullol** y **Emilio Lledó**, en discusión con **Javier Muguerza**, **José María Valverde** y **Pedro Cerezo Galán**, respectivamente, durante un ciclo que se celebró en la Fundación Juan March los días 7, 11 y 14 del mes de noviembre.

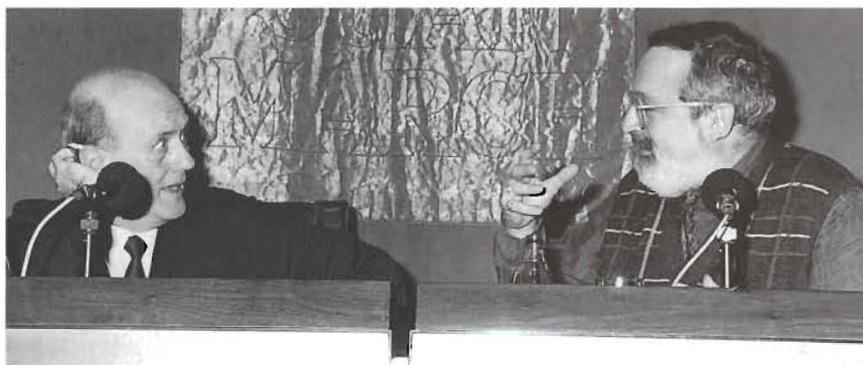
El ciclo se organizó en colaboración con la editorial Taurus, que relanzaba por esas fechas su línea de pensamiento con los ensayos: *La infancia recuperada*, de **Fernando Savater**, catedrático de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid, quien intervino con **Javier Muguerza**, que ha sido catedrático de Ética en varias universidades, el día 7; *Sabiduría de la ilusión*, de **Rafael Argullol**, profesor de Estética de la Universidad Central de Barcelona, quien intervino con **José María Valverde**, catedrático emérito de Estética de la Universidad de Barcelona, el día 11; y *Memoria de la ética*, de **Emilio Lledó**, catedrático de Filosofía de la UNED, quien intervino con **Pedro Cerezo**, catedrático de Filosofía de la Universidad de Granada, el día 14 de noviembre.

«Yo no me cuento, me apresuro a decir –comenzó diciendo **Muguerza**–, entre esos lectores de Savater que le dicen –él confiesa que no sabe interpretar muy bien si eso es un halago– que desde *La infancia recuperada* no

ha escrito nada comparable. A mí, por una perversa deformación profesional, me ha interesado el Savater filósofo a palo seco, que en su caso es una condición que periódicamente ponen en duda en este país. En un libro como este que nos ocupa y que no es estrictamente de filosofía, está ya en embrión el Savater de *La tarea del héroe*, pongo por caso, puesto que aunque él quiera ser *muchos* –y a veces, incluso, lo consigue–, para bien o para mal tampoco deja de ser *uno*.»

«¿Qué puedo decir –se preguntó **Savater**– de un libro que para mí ha sellado en cierta forma mi destino literario? Yo lo escribí como una especie de descargo de conciencia –si me permiten el *lainismo*–. Por entonces, hace más de veinte años, no me atrevía, en conversaciones sobre escritores ‘serios’, a introducir autores que me gustaban, a decir que había *otros* libros. Entonces no se llevaba lo *narrativo*. Así que siempre tuve mala conciencia de no haber defendido a mis propios amigos literarios. Por eso hice el libro para, de alguna manera, afirmarlos. Una biblioteca es una inmensa farmacia, que tiene remedio para muchos tipos de enfermedades.»

«Me permito señalar –apuntó **Muguerza**– dos hechos obvios: uno, que los textos de que habla este libro son relatos, y dos, que sus protagonistas son héroes. Son éstas dos circunstancias que alientan en él no sólo su



Javier Muguerza y
Fernando Savater.

probada capacidad de evocación, sino que asimismo desafían su capacidad de reflexión filosófica y ética. Y podríamos preguntarnos, ¿es lo mismo el punto de vista del héroe, de que habla Savater, que lo que llaman los filósofos el punto de vista moral? Lo que distingue al héroe de los cuentos de los sujetos morales y corrientes no es que el héroe triunfe invariablemente y los otros no. Los cuentos no siempre acaban con el triunfo del bien. Y en definitiva, la moral del héroe, en Savater, no se reduce a una vulgar ética del éxito, aunque tampoco se abandone a la glorificación literaria del fracaso.»

«Estamos hablando —explicó **Savater**— de la moral entendida en el sentido del coraje, del afán de vivir, de sacarle más jugo a la vida, que es lo que para mí siempre ha sido la moral. No he tenido interés por otra forma de moral más que por la moral que permite vivir más y vivir mejor, en el sentido de más plenamente, más humanamente.»

«Yo en esos libros admiraba el que estaban llenos de vida, no había languidez, que es lo que me aburría tanto de la novela contemporánea. En Stevenson no hay languidez. Parfraseando a Robert Graves, se podría decir que los héroes de esas novelas no toman postre, viven con plenitud. Y eso me fascinaba y me pareció que tenía una importancia moral, cosa que descubrí, por cierto, mientras escribía el libro. Esa mora-

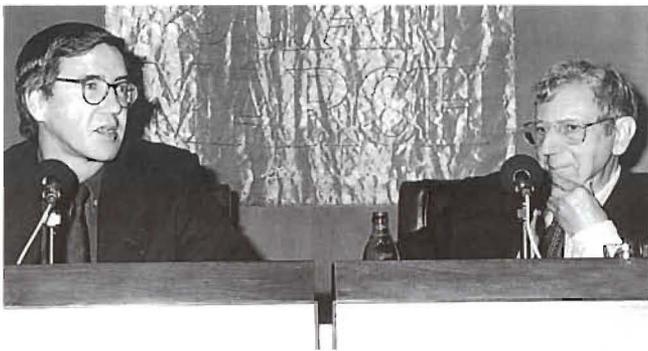
lidad primaria es una estrategia para vivir mejor, y a partir de ahí uno puede empezar a reflexionar qué significa vivir mejor, cómo se puede vivir mejor.»

José María Valverde, antes de referirse al ensayo de **Argullol**, *Sabiduría de la ilusión*, quiso ocuparse de su obra en general: «Alguna vez he dicho ya que en la producción de Argullol se cumple lo que Walter Benjamin, hablando de Proust, estableció como el gran imperativo formal de la literatura del siglo XX: que cada obra invente un nuevo género y lo deje agotado, abolido, irrepetible. Benjamin, en un artículo sobre Karl Kraus, ofreció una ilustración bíblica para esa idea, sin duda recordando una imagen, la del *Angelus Novus* del dibujo acuarelado de Paul Klee que había comprado: decía que, según el Talmud, los ‘cánticos nuevos’ entonados ante el Señor en los cielos supondrían para cada uno de ellos la creación de un ‘ángel nuevo’, irrepetible, que dejaría de existir después de entonar su canto; no importa si se extinguía sintiéndose ‘acusador, quejoso o jubiloso’.»

«Claro está que ese imperativo literario de inventar un nuevo género en cada obra no significa autorizar la falta total de forma; al contrario, obliga a crear en cada caso una coherencia interna más orgánica y rigurosa que cuando se descansa en la aplicación de fórmulas prefabricadas. Ciertamente es que los editores, los libreros y los bibliotecarios no tienen más remedio que seguir aplicando sus clasificaciones; en el caso de Argullol, con paradojas tales como que un libro-diálogo suyo, con Eugenio Triás, *El cansancio de Occidente*, vaya incluido en una serie de ficción narrativa, mientras que, en la misma editorial, su sorprendente poema cósmico en prosa *El fin del mundo como obra de arte* se haya incluido inevitablemente en la serie de ‘Ensayos’.»

«Ese libro, precisamente, marca, a mi juicio, el extremo hasta ahora en esa invención suya de géneros literarios —lo cual, a ciertos lectores perezosos, no les moverá a

Rafael Argullol y
José María
Valverde.



conceder su máxima aprobación, al requerir un mayor trabajo, una mayor colaboración creativa del lector con el autor—. Pero, más o menos, siempre se da en Argullol esa irrepitibilidad genérica, que no es simplemente formal: a nadie se le ocurre hoy día separar las formas de los contenidos.»

«Quisiera decir, yo también –inició su intervención **Argullol**–, algo sobre lo que Valverde llama ‘superación de géneros’ en cada libro mío o lo que yo llamaría, más bien, ‘experimento de ámbitos expresivos’ en algunos de mis libros. Y quisiera explicarlo porque en mi caso esto ha llamado a ciertos equívocos y me ha suscitado no diría problemas, pero sí ciertas perplejidades. En principio, no parece del todo evidente que alguien pudiera hacer incursiones en distintos ámbitos literarios, y a mí me parece que sí, y además hay una larga tradición, tanto antigua como moderna, en la que las incursiones en los distintos ámbitos literarios están bien probadas.» Pero, por razones que tal vez sería largo analizar, parece ser que en la cultura española –reciente, al menos– no acaba de comprenderse; e incluso llega a suscitar discusiones sobre si la literatura es una literatura de ideas, si la literatura es una literatura pura. En todos estos años, en los que he venido publicando, he escrito libros que han sido etiquetados en distintos géneros. Así que valdría la pena, tal vez, referirme al por qué lo he hecho y, en definitiva, cuál es mi intencionalidad.»

«Debo reconocer que lo que más me gusta, desde el punto de vista de la escritura, es lo que ya hace unos años definí como ‘escritura transversal’, es decir, un tipo de escritura que no tiene por qué encerrarse en el corsé que los manuales o los círculos académicos otorgan a los distintos géneros. Acepto evidentemente el hecho de que haya expresiones literarias que se circunscriben a esos géneros. He intentado siempre un tipo de relación con la escritura que no tuviera que responder a cánones ortodoxos. Naturalmente eso es algo que he ido comprendiendo también con el tiempo.»

«Tal vez –comentó **Valverde**– estas cosas convenía decirlas para acercarnos a *Sabiduría de la ilusión*, que, en parte porque algunas de sus piezas se escribieron respondiendo a determinados requerimientos, no parece, a primera vista, tan formalmente original como otros libros de Argullol.»

«*Memoria de la ética* –explicó **Pedro Cerezo**, en su coloquio con el autor del libro, **Emilio Lledó**– es un conjunto de diferentes ensayos cuyo núcleo central está dedicado a la filosofía moral de Aristóteles, en una lectura a la vez comprensiva y actualizadora, y se abre y cierra con perspectivas hacia dos horizontes complementarios: el de la moral heroica en el mundo homérico y el de la moral de Epicuro. Emilio Lledó se muestra en esta obra, como en todas las



Emilio Lledó y
Pedro Cerezo.

suyas, en su genuina personalidad filosófica, un amante de la cultura clásica. Este amor a los clásicos significa para él replantearse los eternos problemas que dan que pensar al hombre, y hacerlo en un régimen de disciplina y exigencia. En segundo lugar, se muestra en él como un genuino humanista, y entiendo por tal a quien busca la significación viva de la cultura en función de los problemas que acucian al hombre de hoy, y se esfuerza de este modo en promover la causa de la dignidad humana. Por último, se le puede reconocer en su genuina vocación profesoral, de un hombre que vive sobre el supuesto de la palabra y cree en ella como una fuerza de transformación. Para todos los que nos dedicamos a la filosofía, Emilio Lledó es una referencia ejemplar por su modo no sólo de hacer, sino, más radicalmente aún, de estar en la filosofía o de vivir filosóficamente.»

Acerca del sentido de la palabra «memoria», presente constantemente en el libro, **Emilio Lledó** respondía: «Somos memoria. Y no sólo somos memoria de lo que hemos sido, sino también de lo que nos constituye esencialmente, que es el lenguaje. Utilizamos un lenguaje en el que estamos, que nos precede y es nuestra memoria; y en cada momento de nuestra existencia construimos la inmediata memoria de la respuesta concreta a una pregunta. Es decir, estamos levantados sobre la memoria del lenguaje, en el que estamos instalados. Estamos continuamente interpretando. Somos hermenéutas por necesidad.»

«¿Se puede dialogar realmente hoy? –se cuestionaba **Pedro Cerezo**–. ¿Cómo no engañarnos? Parece que Platón decía que en el bien es en lo que nadie se engaña. Pero ¿cómo no engañarnos, si el bien se nos presenta con tantas mediaciones sociales y culturales? ¿Existe algún criterio para salir a flote en medio de la perplejidad?»

«Hay muchos enemigos del diálogo –respondía **Lledó**–. Lo primero que tenemos

que aprender es a dialogar con nosotros mismos. A construir nuestra propia posibilidad de recepción. No olvidemos que el bien es un bien aparente, un *phaenomenon agathón*, en el sentido etimológico de la palabra, un bien que se nos presenta, que se nos aparece; no hay un bien absoluto. El bien no es un bien en sí, sino un bien en mí: yo me hablo a veces con palabras engañosas para justificar ese bien como ‘mi bien’. Los hombres somos seres en medio del mundo y estamos atravesados por flechas de lenguaje, de comunicación, de afectos. Y acomodamos esa mediación a un lenguaje que nos conviene.»

«De ahí que muchas veces el lenguaje sea vacío o hipócrita. Hay que tender a ser *aristos*, en el sentido de ‘el mejor’. He tenido grandes problemas a veces con el vocabulario aristotélico. No me he atrevido a traducir algunos vocablos y he preferido conservar el término griego, para dejar resonar toda su semántica. Y es que es la primera vez que se ponen en palabras las experiencias de los seres humanos sobre el bien y el mal, la justicia, etc.»

Finalmente, **Pedro Cerezo** se preguntaba «por qué y para qué se filosofa hoy, por qué se escribe. ¿Cómo autenticar una palabra que pretenda ser filosófica?» A lo que **Emilio Lledó** respondía: «Como yo no tengo la respuesta, vuelvo a escudarme en Aristóteles, cuando dice que ‘todos los hombres aman por naturaleza el saber’.»

«Todos somos filósofos, pequeños hermenéutas. Siempre estamos interpretando. El día que dejemos de hacerlo, ya no seremos hombres. Por eso hay que mantener fresca la cultura literaria en el mundo de la tecnología. La cultura de las letras, la memoria colectiva, el diálogo con los demás a través de los libros. El día en que dejemos de amar las letras, el lenguaje que nos ha legado una tradición, regresaremos de nuevo a mirar las sombras en la caverna.»

Entrega del Premio «Montaigne» 1994 a Cristóbal Halffter

El 9 de noviembre se celebró en la sede de la Fundación Juan March el acto de entrega del Premio Internacional «Montaigne» de Cultura 1994, de la Fundación F.V.S. de Hamburgo, al compositor y director de orquesta **Cristóbal Halffter**, por los valores de renovación de su lenguaje musical y el contenido humanístico de su obra. Asimismo, se hizo entrega de la beca de estudios que lleva aneja el Premio «Montaigne» –y que propone la persona premiada– al joven compositor catalán **Enric Riu**; y se celebró un concierto con obras de Cristóbal Halffter, ofrecido por la violinista **Christiane Edinger**, quien interpretó la *Sonata para violín solo* (1959), y el **Cuarteto Arcana**, que cerró el acto con el *Cuarteto n.º 3* (1978).

El Premio «Montaigne» lo concede anualmente desde 1968 la citada Fundación alemana, a través de la Universidad de Tubinga, para distinguir a personalidades de la cultura de los países europeos de lengua románica. «Es ya la quinta vez –señaló el director gerente de la Fundación Juan March, **José Luis Yuste**, en sus palabras de bienvenida– que este prestigioso premio recae en un español. En 1971, le fue concedido al poeta Salvador Esprú; en 1976, al profesor Pedro Laín Entralgo; en 1982, al arqueólogo José María Soler (premio que fue entregado en este mismo salón de actos); y en 1988, al profesor Martín de Riquer. El hecho de que este año haya recaído en Cristóbal Halffter, es decir, en un compositor, ha sido especialmente aplaudido en esta Fundación, una de cuyas actividades más permanentes y apreciadas es precisamente la música. Cristóbal Halffter es uno de nuestros compositores más destacados y más europeos.»

«Este premio Montaigne lo otorga una institución que ya forma parte con derecho propio del panorama cultural de nuestro continente. Creada en 1931, la Fundación F.V.S. de Hamburgo es hoy una de las instituciones privadas sin fines de lucro más importantes de Alemania y de Europa, y se

ha distinguido desde entonces en la promoción de la cultura y de la unidad europeas. Así, concede premios a personas e instituciones de países de habla inglesa, a países del Este, a los países de cultura flamenca, escandinavos, rusos... Bajo las siglas F.V.S., que en alemán podrían ser tanto las de Freiherr von Stein como las de Friedrich von Schiller –las dos grandes figuras de la cultura alemana que inspiran su trabajo–, se esconde el esfuerzo de muchas personas.»

Participaron en este acto el profesor **Thomas Oppermann**, presidente del Patronato del Premio Montaigne; el profesor **Hubert Daschner**, nacido en Dantzig y hoy residente en España, antiguo catedrático de musicología y rector de la Escuela Superior de Pedagogía de Friburgo, quien pronunció el elogio del premiado; y **Wido Hempel**, catedrático de Lenguas Románicas de la Universidad de Tubinga, quien hizo entrega del Premio y de la Beca Montaigne en representación del presidente de la Eberhard-Karls-Universität de Tubinga. Asimismo estuvo presente **Helmuth Toepfer**, director de la Fundación F.V.S. de Hamburgo e hijo del creador de la misma, Alfred Toepfer, fallecido hace poco más de un año.

Cristóbal Halffter
recibe el Premio
«Montaigne» de
manos del profesor
Hempel.

